

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís(*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

¿Qué es la jubilación?

Con Iñaki Gabilondo y Luis del Val como parte en un coloquio sobre jubilados y jubilación. El primer problema que se nos plantea es saber en qué consiste la jubilación, no como entidad administrativa sino como decisión social. Administrativamente la jubilación se traduce en el hecho simple de enviar a un ciudadano a su casa al cumplir los sesenta y cinco años. Pero si abordamos la cuestión desde su ángulo socio-moral se nos enfrenta a un suceso humano de difusas fronteras lógicas.

Según parece, la jubilación constituye una referencia oscilante y cambiante a la que sólo cabe darle un significado económico. Se retira o jubila a la gente para conseguir dos objetivos: introducir mano de obra joven en la producción y librar al proceso productivo de un ser al que se le supone crecientemente inhábil y, por tanto, improductivo. Es decir, la jubilación no es manejada con un criterio humano, socio-moral o ético, sino que se la adelanta o atrasa por motivos de absoluto carácter económico.

Dejemos de lado la infinita inhumanidad que los criterios de índole económica vienen a representar en el acontecer jubilatorio. Por su obviedad evidente no hay mucho que reflexionar acerca de esa inhumanidad. Pero es que, además, como que estamos ante un error mucho menos evidente y, por tanto, muy dañino. Este error consiste en ignorar que el senescente o maduro es sujeto activo de actividades posibles y de valores que revisten un notable relieve económico. Podríamos hablar, sin más, de bienes producidos por la vejez: experiencia, serenidad, sensibilidad, estabilidad, continuidad. Bienes de rango económico, ya que tienen la producción de equilibrio y complejidad. La economía no consiste únicamente en una producción mecánica de bienes —gran parte de los cuales parecen tributar a la juventud— sino que la economía es una estructura que ha de diseñarse y funcionar con arreglo a expectativas de continuidad y de seguridad. Y nada garantiza tanto la continuidad y la seguridad como el respeto a la trabazón de estructuras cronológicas que abar-

quen la inmensa variedad de aconteceres y posturas de que es capaz el ser humano. Es, decir, frente a una economía de interpretación mecánica e inerte socialmente hablando puede situarse —aunque no se la acepte así— una economía de sentido biológico orientada al aprovechamiento de la vida tal como la vida acontece en sus variados planos y distintas edades. Apuremos más la cuestión: frente a una economía de activos reales (las cosas materiales) y de activos financieros (el dinero) cabe situar una economía que reúna a estos dos activos los activos humanos o vivenciales en su más amplia expresión. Un hombre en plenitud de capacidad intelectual y emocional constituye un inapreciable activo humano.

El gran signo de nuestra decadencia como cultura —decadencia ya perfectamente visible— quizá consista en el reduccionismo practicado en el terreno socio-productivo. Nuestra sociedad ha perdido la calidad renacentista consistente en concebir al ser social como un ser ordenado en distintas capas y capacidades temporales y ha dado paso a un esquema de vida que solamente puede ser protagonizado por un individuo estándar que cuenta unos años precisos, que responde a unos estímulos concretos, que únicamente es capaz de unos ties limitados y que sólo se ve capaz de emitir unas respuestas uniformes, homogéneas y perfectamente limitadas a un tiempo dado. Alrededor de ese ser la sociedad actual teje todo el orden de sus concepciones y de sus determinaciones. Esto es, la sociedad presente constituye una construcción de capacidades muy limitadas y, por ello, resulta ineficiente.

Curiosamente mientras los imaginativos del Sistema se desviven por imaginar una sociedad de futuro inmediato caracterizada por el predominio de factores o dimensiones como el ocio y otras consecuencias postindustriales no aciertan a integrar principios tan dinamizantes como los que pueden aportar los senescentes. Lógicamente esta incapacidad integradora suscita en el cuerpo social unas tensiones inneutrizables y acaba por originar

dos consecuencias muy inconvenientes: una de orden económico —la irrentabilidad de una parte muy amplia ya de la población— y otra de orden moral, pero traducible también a lo económico: una tristeza empobrecedora que acrecienta las consecuencias del conjunto de incertidumbres que, según Galbraith, califica a nuestro tiempo.

Vivimos, en definitiva, una época que se angustia palpablemente en la confusión de papeles. Mejor dicho, que ha decidido eliminar una serie de papeles, lo que equivale a eliminar un sector muy amplio de la población, llegado el momento de definir qué función cabe a cada cual y qué rendimientos cabe esperar de cada función. Desde la economía o la producción material al amor, o economía de las emociones esenciales o básicas, nuestro tiempo se ha apresurado a dar una muestra de pobreza conceptual al eliminar la variedad cronológica de manifestaciones vitales para concentrarse en la exaltación y aprovechamiento de un único proceder y de unas excluyentes capacidades. Vivir nuestro tiempo equivale a vivir sobre un suelo cada vez más reducido en el orden humano. Lo paradójico del caso es que esta reducción del suelo social sobre el que maniobrar no produce más riqueza colectiva sino todo lo contrario: una contracción del proceso generador de riqueza al eliminar por activa y por pasiva innumerables factores que incrementarían la producción y el consumo. Curiosamente las decisiones que hieren a la ética social se desvelan siempre como decisiones de una gran torpeza económica.

¿Qué es la jubilación, socialmente considerada la cuestión? Tal como está planteada, una inmensa torpeza, dentro, claro es, de sus actuales términos y funcionamiento. Pero me sospecho que, como casi todas estas torpezas, no lo son si las consideramos a otra luz: la de aquellos grandes poderes que han decidido construir para su beneficio la sociedad de la involución.

(*) Escritor

Cymrun kezkatuik

Herri anaia dugu Cymru-tarra; Gales-koa, alegia; 2.7 miloi biztanle, %18 kumri-dun, industrialdea ingelettuta oso... Antza badu, bai.

Azken urteotako aldakuntzak ikusita, herri anaiares suntuieraren bezperan ote gauden pentsatu beharra dago.

Haserako inmigrazioak arrotzu egin zuen parte bat; baina Gwynedd eta Dyfed bereziki dexente kumri-dun utzi zituen.

Orain dela hamar bat urte gertatzen ari den deskalabro soziologikoak, ordea, Cymru osoa suntu dezake. Alde batetik, ikatzaren krisia dela-ta, urtero 50.000 ingelestarek egin behar dute alde, lan bila. Horrekin batera, beste 50.000 ingelesek, urtean beti, egiten dute etxe bat Galesko paraje bakar-tietan. «Hamar bat urte barru» (Ned Thomas) ez da Cymru osoan kumri-dun eskualderik batera geratuko. Elebidun batzu geldituko dira gehienez, han-hemenka, ingeles itasoaon jito behar-rretan. Mende honen haseran kumridun hutsak ziren eskualdeetan, gaur lau haurretatik batek daki hizkera; eta beste askotan, gutxiagok.

Inmigrazioaren kontrola bihurtu da egoeraren kaka. Baina «Plaid Cymru» alderdi tradizionalak entzun ere ez du nahi horrelakorik: galestarek «ez dute beldurrik izan behar». Glyn Williams soziologoak, horretara, «Plaid Cymru»-ren desagertzea bera eskatu du berriki; gerta daitekeen onena dela-koan.

Besterik ezean, su-emale talde izkutuak sortu dira; etorkinen etxeak erre, eta kitto. Eta kumrieraz idazten duen R.S.Thomas poetak, bere «inmenspena»-erakutsi die lotsagabeki. Baina «Plaid Cymru» alderdiak berehala kondenatu ditu. Le Pen-ekin gonbaratuz.

Ezin izkutatua da jadanik Galesek bizi duen kinka larria.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Colapso en los cielos

(«Diario 16», 13-8-88)

La liberalización del transporte aéreo en Europa ha producido un incremento espectacular del tráfico, sin que paralelamente se hayan incrementado los medios de control ni se hayan habilitado nuevos pasillos aéreos para ensanchar las rutas europeas. Ello produce, merced a un efecto dominó, una congestión general y paulatina de todo el espacio aéreo europeo, que termina afectando, lógicamente, a nuestro país. En España se ha prestado, asimismo, ínfima atención a la necesidad de mejorar la infraestructura de control del tráfico aéreo.

(...)

De todos modos, la desidia española es en este caso un simple reflejo de la de la Comunidad Europea, que no ha previsto a tiempo el problema: un problema insoluble sin el consenso de todas las naciones, que tendrán que ponerse de acuerdo para crear un organismo supranacional que controle los esfuerzos continentales para coordinar su tráfico aéreo.

Papendal

(Rosa Montero, «El País», 13-8-88)

El asunto de Papendal tiene su miga. Y no me refiero ya a la absurda anécdota que protagonizó el

pobre Alexanco, sino al trasfondo que ha dejado adivinar todo este cirio. Válgame Dios; ahora resulta que el deporte patrio se nos revela como una disciplina turbia y proclive a un sinnfin de tentaciones perniciosas.

Y pensar que en este país llevamos años mitificando el fútbol y considerándolo una actividad noble y suprema. Cuantos padres habrán llorado lágrimas de agradecido alivio al ver que su hijo se entregaba al balón en vez de encandi-

larse con otros afanes más perversos, cual el rock o la cerveza. Que felicidad no les produciría el comprobar que su adorado vástago se convertía en todo un caballero balompédico. Esto es, en un ser machote pero casto, rebosante de salud en alma y cuerpo, trotando alegremente por los campos con todos esos pelazos en las piernas.

Pues de eso nada. Ahora resulta que el mundo futbolístico parece estar plagado de Papendales, que, a juzgar por lo que cuentan, son unos

centros de perdición horripilantes, con malignas señoras estupendas rondando cual tiburones a los chicos, y con un oscuro trajín de corruptelas que parece sacado de una novela negra. Es una revelación aniquilante.

Aunque en realidad se veía venir. Fijense, si no, en la violencia: tanto hablar de los punkies y luego resulta que los hinchas de un equipo son mucho más bestias que los espectadores de un concierto. Fijense, hablando de tíos machos, en los sobos que se pegan los futbol-

listas tras los goles: la UEFA llegó a medio prohibir esos abrazos, revelando no sé qué curiosa sospecha en la medida. Y fijense, en fin, en las malas compañías que frecuentan: porque no me digan que andar con tipos como Gil o como Núñez no es cosa cruda. Lo dicho, ya se veía venir que el deporte patrio no era ese sueño de hombría y orden que aparentaba. Tal como están las cosas, quizá fuera más conveniente que regalárais una guitarra eléctrica a vuestros hijos y que les pincharais la pelota.

